

La voz resiliente de la naturaleza



Durante el día, ella laboraba como funcionaria pública, era una especie de escudo humano que absorbía las quejas ciudadanas y su oficio consistía en llenar formularios sin alma. Sin embargo, al caer la tarde, tomaba el desvío hacia lo alto, hacia ese rincón secreto que había hecho suyo: el mirador de Larraga. Allí, absorta frente al paisaje inmenso de campos que respiraban en silencio, recordaba que el mundo no era la jaula de prisas donde solía habitar. Advertía entonces que necesitaba reencontrarse con la esencia natural de aquello que la rodeaba. Contemplaba ensimismada el viento peinando los olivos, las montañas insinuadas en la distancia, la luz dorada abrigando la tierra y en aquel instante comprendía que no somos más que un breve suspiro en el pecho de la madre tierra y que estábamos convocados a vivir, esta única existencia, con sentido y propósito humano.